

Michael Hudson relata sus experiencias como investigador sobre deuda e interés

“Los parásitos financieros y la servidumbre de la deuda destruyen la economía global”

Michael Hudson

Yo no empecé como economista. En mis años de educación superior en la Universidad de Chicago nunca tomé un curso de economía. Mi interés eran la música y la historia de la cultura. En 1961 me fui a Nueva York a trabajar en actividades editoriales relacionadas con esas áreas de mi especial interés. Yo había trabajado como asistente de Jerry Kaplan en *Chicago Free Press*, y decidí establecerme por cuenta propia cuando el crítico literario húngaro Georg Lukacs me cedió los derechos de sus escritos en lengua inglesa. Luego, cuando en 1962 murió la viuda de Trotsky, Natalia Sedova, el albacea de la sucesión me concedió los derechos sobre los escritos y el archivo de Trotsky, pero no encontré ninguna casa editorial que respaldara su publicación.

Mi vida cambió abruptamente a raíz de un simple acontecimiento. Mi mejor amigo en Chicago me pidió que fuera a ver a Terence McCarthy, padre de uno de mis discípulos. Terence, que había trabajado como economista en la General Electric, propuso la creación de un Banco Mundial para la Aceleración Económica, alternativo al Banco Mundial existente –se trataba de hacer préstamos en moneda doméstica para fines de reforma agraria y una mayor autosuficiencia en alimentos, en

lugar de financiar plantaciones con fines de exportación. En la primera noche de nuestro encuentro me impactaron dos imágenes que han marcado por siempre mi trabajo. La primera fue su descripción casi poética del flujo de fondos a través del sistema económico. Me explicó por qué la mayor parte de las crisis económicas ocurrían en otoño, y estaban relacionadas con las cosechas. Cambios en el nivel de las aguas en la región central de Estados Unidos o trastornos como sequías periódicas ocasionaban problemas con las cosechas y sangrías en el sistema bancario, lo que forzaba a los bancos a exigir el pago de los préstamos hechos. Como ocurre en astronomía, las finanzas, los recursos naturales y la industria eran partes de una red de interconexiones, que a mis ojos revestían notable belleza. Pero –continuó Terence– a diferencia de los ciclos astronómicos, la matemática del interés compuesto conduce inevitablemente las economías a un crack de deuda, porque el sistema financiero se expande más rápidamente que la economía de base, sobrecargando a ésta con deudas, de manera que las crisis se vuelven cada vez más severas. Las economías se ven desgarradas por rupturas en la cadena de los pagos.

Esa misma noche decidí convertirme en un economista. Pronto me enrolé en estudios de grado y busqué trabajo en Wall Street, que era la única manera práctica de ver cómo funcionaban realmente las economías. Durante los veinte años siguientes, Terence y yo hablábamos cerca de una hora diaria sobre hechos de actualidad económica. Él había traducido *Una Historia de las Doctrinas Económicas: De los Fisiócratas a Adam Smith*, la primera versión en inglés de las *Teorías de la Plusvalía* de Marx –que fue la primera historia real del

pensamiento económico. Para empezar, me recomendó que leyera todos los libros mencionados en la bibliografía –los Fisiócratas, John Locke, Adam Smith, David Ricardo, John Stuart Mill, y demás. Los temas que más me interesaron –y que constituían el foco de ese libro de Marx– no eran enseñados en la Universidad de Nueva York donde hice mis estudios de grado. De hecho, no eran enseñados en los departamentos de ninguna universidad: la dinámica de la deuda, y cómo la pauta de los préstamos bancarios infla los precios de la tierra; o las cuentas del ingreso nacional y la cuota creciente absorbida por la extracción de rentas del sector FIRE (sigla en inglés por Finanzas, Seguros, Bienes Raíces). Sólo había una manera de llegar a conocer esos temas: trabajar en un banco. En los años sesenta pocos indicios llevaban a pensar que esas tendencias conducirían a una gran burbuja financiera; pero la dinámica de la burbuja estaba en ellas presente, y tuve la fortuna de que me contrataran para investigarlas.

Mi primer empleo fue el más mundano que pueda imaginarse: economista para la Savings Banks Trust Company, que ya no existe. Esa compañía había sido creada por los 127 bancos de ahorro de Nueva York (hoy también desaparecidos, después de ser absorbidos, privatizados y vaciados de fondos por la banca comercial). Me contrataron para que estudiara cómo los ahorros aumentaban el interés y eran reciclados en nuevos préstamos hipotecarios. Mis gráficos eran como las ondas de un cardiograma y mostraban un pico cada tres meses, cuando se pagaban dividendos. Los incrementos del ahorro se daban en préstamo a compradores de casas, y ello iba aumentar el precio de la vivienda en las décadas que siguieron a la Segunda Guerra

Mundial. Ese aumento era visto como un motor inagotable de la prosperidad de la clase media, que veía crecer su patrimonio neto. Cuanto más prestaban los bancos, más subían los precios de la vivienda adquirida a crédito. Y cuanto más subían los precios, más dispuestos a hacer préstamos se mostraban los bancos. Con el tiempo crecía el número de personas que se sumaba al proceso, como si se tratara de una máquina con un movimiento perpetuo de creación de riqueza.

El proceso descrito sólo funciona cuando los ingresos están en aumento. Muy poca gente toma nota de que la mayor parte de su ingreso incrementado está siendo utilizada en el pago de la vivienda. Piensan que están ahorrando –y volviéndose más ricos por estar pagando una inversión en crecimiento. De hecho, eso fue lo que funcionó durante sesenta años, después del fin de la guerra en 1945. Pero las burbujas siempre estallan, porque están financiadas con deuda, que se expande por el conjunto de la economía como una carta en cadena. El servicio de la deuda hipotecaria representa una parte cada vez mayor del precio de alquiler de la vivienda y del ingreso de los propietarios, fenómeno que se acentúa cuando nuevos compradores adquieren más deuda para comprar casas que siguen aumentando de precio.

Seguir el aumento de los ahorros y el alza de los precios de las casas financiadas con deuda resultó la mejor manera de entender cómo fue creada (o al menos inflada) la mayor parte de la “riqueza de papel” en el siglo pasado. A pesar de que el activo más importante de la economía son los bienes raíces –que representan a la vez el mayor activo y la mayor deuda para las familias– el análisis de la renta de la tierra y del

valor de la propiedad ni siquiera figuran en los cursos que tomé para mi grado doctoral en economía.

Cuando terminé mis estudios en 1964, ingresé al departamento de investigaciones económicas del Chase Manhattan como su economista de balanza de pagos. Ese empleo fue igualmente afortunado para mí en términos de entrenamiento y experiencia, porque trabajar para un banco o una agencia del gobierno era la única manera de aprender sobre el tema. Mi primera tarea fue hacer pronósticos sobre la balanza de pagos de Argentina, Brasil y Chile. El punto de partida eran sus ganancias por exportaciones y otros ingresos de divisas, que servían de base para medir la cuantía del ingreso que podía ser destinada al servicio de la deuda sobre nuevos préstamos de los bancos estadounidenses. Así como los que hacen préstamos con hipoteca miran el pago por arriendos como un flujo que se trata de convertir en pagos de intereses, los bancos internacionales miran las ganancias de los países extranjeros en monedas fuertes como un ingreso potencial que se capitaliza en préstamos (o sea, con base en el cual los capitalistas entregan préstamos) y se paga como intereses. La finalidad implícita de los departamentos comerciales de la banca –y de los acreedores en general– es comprometer para el servicio de la deuda (intereses y amortizaciones) todo el excedente económico de los países que reciben los préstamos. Pronto descubrí que los países latinoamericanos que analicé estaban “sobrecargados”, o sea no tenían en perspectiva más entradas que pudieran ser extraídas como intereses sobre nuevos préstamos o sobre bonos que quisieran emitir. En realidad, lo que había eran fugas de capital. Estos países solamente podían pagar lo que ya

debían si sus bancos (o el Fondo Monetario Internacional) les prestaban el dinero para atender el flujo creciente de cargos por intereses. Esa fue la manera en que los préstamos a los gobiernos soberanos fueron refinanciados durante los setentas. Las deudas extranjeras de tales países crecieron al ritmo del interés compuesto (los intereses no pagados se acumulan como capital, y sobre ellos se cargan intereses). El crecimiento exponencial de la deuda que así se produjo fue la base del crack ocurrido en 1982 cuando México anunció que no podía pagar. En este sentido, los préstamos a los gobiernos del Tercer Mundo anticiparon la burbuja de bienes raíces que estalló en 2008.

Mi aprendizaje más importante en el Chase consistió en un formato contable para analizar la balanza de pagos de la industria petrolera estadounidense. Los ejecutivos de Standard Oil me permitieron entender el contraste entre las estadísticas y las realidades económicas. Me explicaron cómo el hecho de utilizar “banderas de conveniencia” de Liberia y Panamá les permitía eludir el pago de impuestos tanto en los países productores como en los consumidores, creando la ilusión de que no se percibían ganancias. La clave consistía en las transferencias de precios. Los barcos afiliados a esos refugios tributarios compraban el crudo a bajos precios en el Cercano Oriente o en las localidades venezolanas donde era producido el petróleo. Ese petróleo eran vendido luego con sobreprecio a las refinerías de Europa y otros lugares. Los precios transferidos a las refinerías eran tan altos que no quedaban ganancias para ser declaradas.

Mi última tarea en el Chase versó sobre el problema del dólar. Me pidieron que estimara el volumen del ahorro ilegal que iba a parar a

Suiza y otros refugios. El Departamento de Estado le había solicitado al Chase y a otros bancos que establecieran subsidiarias en el Caribe para captar el dinero de los traficantes de droga, de los contrabandistas y otros criminales, a fin de conseguir activos monetarios que ayudaran a sostener el dólar en momentos en que subían en escalada los egresos de dólares por gastos militares en el extranjero. El Congreso colaboró en la operación de atraer dólares absteniéndose de cobrar el impuesto de retención de 15 por ciento sobre los intereses de los bonos del Tesoro. Mis cálculos mostraban que los factores más importantes en la determinación de la tasa de cambio no eran ni el comercio ni la inversión directa, sino “errores y omisiones”, un eufemismo para los “dineros calientes”. Nadie es más “líquido” o “caliente” que los traficantes de droga y los empresarios y funcionarios públicos que defalcan las ganancias por exportaciones. La Tesorería y el Departamento de Estados buscaron ofrecerles a esos criminales un refugio seguro para sus ganancias, como un recurso desesperado para que trajeran sus dólares al país y ayudaran a compensar el peso de los gastos militares en la balanza de pagos.

En 1968 amplié mi análisis del flujo de pagos al conjunto de la economía, trabajando en un proyecto para la firma de contabilidad de Arthur Andersen, hoy difunta. Mis gráficos revelaban que el déficit de pagos de Estados Unidos en los sesenta fue enteramente de origen militar. El sector privado –el comercio exterior y la inversión– aparecía exactamente equilibrado año tras año, y la “ayuda extranjera” realmente producía un excedente (como era requerido por la ley). A raíz de mi monografía, me invitaron a hablar en la facultad de postgrado de The

New School en 1969, y resultó que necesitaban a alguien que enseñara comercio internacional y finanzas. Después de mi exposición me ofrecieron el puesto y acepté de inmediato. Yo no había tomado nunca un curso sobre este tema en NYU, y pensé que enseñar sería la mejor manera de conocer las ideas de la teoría académica sobre el tema.

Rápidamente descubrí que entre todas las subdisciplinas de la economía, la teoría del comercio internacional era la más tonta e insubstancial. El gasto militar no aparecía en su horizonte, ni los importantísimos “errores y omisiones”, la fuga de capitales, el contrabando, o las ficticias transferencias de precio para ocultar ganancias y evitar el pago de impuestos. El silencio sobre esos temas era necesario para llevar la teoría del comercio a la perversa y destructiva conclusión de que cualquier país puede servir cualquier cantidad de deuda simplemente bajando los salarios lo suficiente para pagar a los acreedores. Todo lo que al parecer se necesita es realizar una devaluación suficiente (lo que principalmente se devalúa es el costo del trabajo local), o bajar los salarios por medio de “reformas” de mercado y programas de austeridad. Esta teoría se ha mostrado falsa dondequiera que sido aplicada, pero sigue siendo la esencia de la ortodoxia del Fondo Monetario Internacional.

La teoría monetaria académica es todavía peor. La “Escuela de Chicago” de Milton Friedman relaciona la oferta monetaria solamente con los precios y los salarios, no con los precios de los activos representados por bienes raíces, acciones y bonos. Pretende que el dinero y el crédito son prestados a los empresarios para inversión en bienes de capital y contratación de trabajadores, no para comprar

bienes raíces, acciones y bonos. No hace ningún intento de tomar en consideración el servicio de la deuda que debe ser pagado por estos créditos, servicio que reduce el dinero disponible para el gasto en bienes de consumo y bienes tangibles de capital. Descubrí pues que la teoría académica es el reverso de la forma en que el mundo funciona realmente. Ninguno de mis profesores tenía la experiencia necesaria en la banca o en Wall Street para darse cuenta de ello.

Gasté tres años en la New School realizando un análisis de por qué la economía global es polarizadora más bien que convergente. Encontré que las teorías económicas “mercantilistas” del siglo XVIII estaban más adelantadas en muchos aspectos que la economía dominante en nuestro tiempo. Vi claramente que los economistas de hace más de dos siglos reconocían las desventajas y problemas de los gobiernos que trazaban sus políticas asesorados por los acreedores. Como explicaba Adam Smith: “Los acreedores del gobierno, considerados como tales, no tienen ningún interés en la buena situación de ninguna sección del territorio o en el buen manejo del stock de capital... Ni inspeccionan suficientemente el tema, ni les preocupa. La ruina que ocasionan les pasa muchas veces desapercibida, y no los afecta directamente”. El interés de los compradores de bonos públicos es sacarles el mayor rendimiento lo más rápidamente posible, con muy poca preocupación por los daños que puedan provocar. Se las arreglan sin embargo para crear la idea de que las naciones soberanas tanto como los individuos tienen la obligación de pagar las deudas, e incluso de actuar a favor de sus acreedores más bien que de la población.

Mi advertencia de que los países del Tercer Mundo no iban a ser capaces de pagar sus deudas molestó al jefe del departamento, Robert Heilbroner. Viéndolo como algo impensable, se quejó de que mi énfasis en los costos financieros estuviera desviando a los estudiantes de la forma principal de explotación: la del trabajo asalariado por sus empleadores. De hecho, los profesores marxistas que él contrataba no prestaban atención a los intereses, la deuda o la extracción de rentas.

Encontré una aversión similar “de izquierda” a tratar los problemas de deuda cuando fui invitado a reuniones en el Instituto de Estudios Políticos de Washington. Al manifestar mi interés en relación con las deudas del Tercer Mundo, el codirector del Instituto Marcus Raskin me manifestó que ese asunto no les parecía suficientemente pertinente. (Para modificar esa opinión fue necesario esperar diez años, hasta 1982, cuando México hizo explotar la bomba de la deuda latinoamericana anunciando la imposibilidad de pagar).

En 1972 publiqué mi primer libro importante, *Super Imperialismo: La Estrategia Económica del Imperio Americano*, donde explicaba que, con el abandono en 1971 del respaldo en oro para el dólar, la deuda de la Tesorería estadounidense pasaba a convertirse en la base de las reservas globales. El déficit de balanza de pagos ocasionado por el gasto militar en el extranjero bombeaba dólares en el mundo. Esos dólares terminaban en manos de los bancos centrales que los reciclaban a Estados Unidos a través de la compra de títulos del Tesoro –que a su vez financiaban el déficit del presupuesto doméstico. Esto significa un *free ride* [viaje gratis o ganancia sin esfuerzos] para la economía estadounidense, consistente en la capacidad de autofinanciar sus déficits

aparentemente *ad infinitum*. El déficit de balanza de pagos realmente acabó financiando el déficit presupuestal doméstico durante muchos años. Suprimido el respaldo en oro para el dólar, el sistema financiero internacional obligó a los países extranjeros a financiar el gasto militar de Estados Unidos, independientemente de si lo aprobaban o no.

Algunos de mis amigos de Wall Street me rescataron de la academia y me ayudaron a ingresar al mundo de los *think tanks* [centros de investigación económica y política] con Herman Kahn en el Hudson Institute. El Departamento de Defensa le dio un buen contrato al Instituto para que yo investigara cómo los Estados Unidos conseguían ese *free ride*. Comencé a escribir un informe comercial para una agencia de corredores de bolsa de Montreal, mientras que Wall Street se mostraba más interesado que la izquierda en mis análisis de flujos de fondos. En 1979 escribí *Global Fracture: The New International Economic Order*, pronosticando que la dominación unilateral de Estados Unidos estaba produciendo una escisión geopolítica a lo largo de líneas financieras, en la misma forma que los capítulos internacionales de mi último libro (*Killing the Host*) describen las tensiones que fracturan la economía actual.

Más tarde me convertí en asesor del Instituto de las Naciones Unidas para Formación Profesional e Investigaciones (UNITAR). Mi asunto aquí consistía en mostrar que las economías del Tercer Mundo no podían pagar sus deudas externas. La mayor parte de los préstamos habían sido adquiridos para subsidiar la dependencia comercial, no para reestructurar las economías y habilitarlas para hacer los pagos. Los programas de austeridad y “ajuste estructural” del Fondo Monetario –del tipo ahora

impuesto a través de la Eurozona- empeoran el problema de la deuda al elevar las tasas de interés y vender la infraestructura pública (especialmente bancos, derechos sobre aguas y minerales, comunicaciones y transporte), infraestructura que pasa a manos de monopolistas para ser convertida en fuente de ganancias rentísticas.

La coronación del proyecto UNITAR fue una reunión en México en 1980 presidida por el expresidente Luis Echeverría. Una tempestad siguió a mi insistencia de que los deudores del Tercer Mundo tendrían que declarar muy pronto un *default* [cesación de pagos]. Aunque los banqueros de Wall Street usualmente advierten las malas señales, sus lobistas insisten en que las deudas pueden pagarse, de manera que resulte posible culpar a los países por no “apretarse el cinturón”.

Mi experiencia con esa clase de economía basura que infecta a las agencias públicas y que es patrocinada por los bancos me llevó a compilar una historia de cómo las sociedades han manejado sus problemas de deuda a través de los tiempos. Me tomó un año hacer un esquema de las crisis de deuda en Grecia y Roma, así como reseñar los antecedentes bíblicos del Año de Jubileo. Empecé asimismo a desenterrar una prehistoria de prácticas de deuda que se remontan a Sumer [sur de la antigua Mesopotamia] en el tercer milenio a. C. El material estaba disperso en la literatura, pues no se había escrito ningún estudio sobre la función genética y formativa del Cercano Oriente para la civilización económica occidental. Tardé hasta 1984 para entender cómo la deuda generadora de intereses surgió por primera vez en los templos y palacios, no en la circulación de bienes entre individuos. La mayor parte de las deudas eran obligaciones con esas grandes institu-

ciones públicas o sus recaudadores, razón por la cual los gobernantes eran capaces de cancelar deudas tan frecuentemente: de esa manera les daban a los deudores los medios para pagar sus deudas para con las mismas instituciones, evitando de esa manera la perturbación del orden económico. Presenté mis conclusiones a mis colegas académicos, y el resultado fue una invitación para que me convirtiera en investigador asociado de historia económica de Babilonia en el Museo Peabody de Harvard (su departamento de antropología y arqueología).

Mientras tanto continué como consultor para clientes financieros. En 1999, la firma Scudder, Stevens & Clark me contrató para ayudar a establecer el primer fondo de bonos soberanos en el mundo. En este momento los nuevos préstamos a América Latina habían parado, dejando a los países deudores tan necesitados de fondos que los bonos en dólares de Argentina y Brasil estaban pagando intereses anuales del 45%, y los tesobonos mexicanos a mediano plazo [títulos denominados en moneda extranjera y comprables con moneda nacional] pagaban más del 22%.

Pero mis intentos de vender las acciones del fondo Scudder a los inversionistas de Estados Unidos y Europa fallaron. Muchos títulos de participación fueron vendidos en Buenos Aires y Sao Paulo, principalmente a élites que tenían bonos en dólares de sus países en cuentas en el extranjero. Así nos resultó claro que los administradores financieros tercermundistas continuarían pagando las deudas extranjeras de sus gobiernos por la simple razón de que se estaban pagando a sí mismos como supuestos “tenedores yanquis” de bonos en el extranjero. En 1990

el fondo Scudder obtuvo el segundo más alto ranking de rendimiento en todo el mundo.

Durante esos años hice propuestas a importantes casas editoriales para escribir un libro sobre cómo la burbuja estaba destinada a estallar. Me dijeron que eso era como decirle a la gente que el buen sexo termina a edad temprana. ¿No podía yo darle un giro a mi sombrío pronóstico introduciendo una buena noticia, por ejemplo mostrándoles a los lectores cómo podían enriquecerse con el crack que se avecinaba? Comprendí que el público en su mayoría está interesado en comprender un gran crack sólo *después* de que ocurre, no cuando apenas se está gestando y se pueden hacer buenas ganancias. Ser el profeta de la catástrofe en relación con la deuda era como ser un prematuro antifascista.

Así que decidí centrarme más bien en mi investigación histórica, y en marzo de 1990 presenté mi primer trabajo resumiendo tres resultados que antropológicamente eran tan radicales como todo lo que yo había escrito sobre economía. La economía de las escuelas y los libros estaba bajo el dominio de una ideología “austríaca” individualista para la cual cargar intereses era un fenómeno universal que se remontaba a las costumbres de individuos del paleolítico que prestaban ganado o semillas a otros individuos. Pero yo encontré que los primeros y de lejos los principales acreedores eran los templos y los palacios de la Mesopotamia de la Edad de Bronce, no individuos privados actuando por su cuenta. El hecho de cargar intereses parece haberse difundido de Mesopotamia a la Grecia y la Roma clásicas después del siglo VIII a. C. La tasa de interés en cada región no se basaba en la productividad, sino que era establecida simplemente por cálculo según el sistema local de aritmética

fraccional: 1/60-avo por mes en Mesopotamia, y más tarde un décimo por año en Grecia y un doceavo en Roma. Hoy estas ideas son aceptadas por las disciplinas asiriológicas y arqueológicas. En 2012, la obra *Deuda: los primeros cinco mil años*, de David Graeber, unió las varias líneas de mi reconstrucción de la evolución inicial de la deuda y su cancelación frecuente. En los primeros años de los noventa traté de escribir mi propio sumario, pero no pude convencer a los editores de que la tradición del Cercano Oriente sobre las cancelaciones bíblicas de deuda estaba firmemente establecida. Hace dos décadas los historiadores económicos e incluso muchos eruditos bíblicos pensaban que el Año de Jubileo (cuando se decretaba la anulación de todas las deudas) era sólo una invención literaria, un escape utópico de la realidad práctica. Encontré un muro de resistencia intelectual a la idea de que los Jubileos periódicos estaban atestiguados por proclamas conocidas en detalle de esa práctica de “borrón y cuenta nueva”. En lugar de una santidad de la deuda, lo que era consagrado era la *cancelación* regular de las deudas agrarias y la liberación de los siervos por deudas a fin de preservar el equilibrio social. Tales amnistías no era desequilibrantes; más bien eran esenciales para preservar la estabilidad social y económica.

Para ganar el apoyo de las profesiones asiriológicas y arqueológicas, Harvard y algunas fundaciones donantes me ayudaron a establecer el Study of Long-term Economic Trends. Nuestro plan era realizar una serie de conferencias cada dos o tres años para buscar los orígenes de la empresa económica y su privatización, la tenencia de la tierra, la deuda y el dinero. Nuestra primera conferencia fue realizada en Nueva York en 1984, sobre privatización en el antiguo Cercano Oriente y en la

antigüedad clásica. Hoy, dos décadas después, hemos publicado cinco volúmenes que reescriben la historia económica temprana de la civilización occidental. Dado su contraste con las reglas en favor de los acreedores que rigen hoy –y el éxito de una economía mixta privada/pública–, hago en mi trabajo frecuentes referencias al modo radical en que las anteriores sociedades resolvieron sus problemas de deuda, en contraste con el mundo actual que está dejando que la deuda polarice y trastorne las economías. Los parásitos financieros y la servidumbre de la deuda destruyen la economía global.

A mediados de la década de 1990, una teoría financiera moderna estaba siendo desarrollada por Hyman Minsky y sus asociados, primero en el Instituto Levy de Bard College y más tarde en la Universidad de Missouri en Kansas City. Me hice investigador asociado en Levy trabajando sobre bienes raíces y finanza, y pronto me uní a Randy Wray, Stephany Kelson y otros para establecer un plan de estudios en Teoría Económica Moderna en la Universidad de Missouri. Durante los últimos veinte años nuestro objetivo ha sido mostrar los pasos necesarios para evitar el desempleo y la vasta transferencia de propiedad de los deudores a los acreedores que están desgarrando actualmente las economías.

Presenté mi modelo financiero básico en Kansas City en 2004, con un diagrama que publiqué de nuevo en mayo de 2006 en un artículo de portada para *Harper's*. El *Financial Times* reprodujo el diagrama y me acreditó como uno de los ocho economistas que anunciaron la crisis de 2008. Pero mi finalidad no era simplemente pronosticarla. Todo el mundo, con excepción de los economistas, veía venir la crisis. Mi

diagrama explicaba la dinámica financiera exponencial que hace inevitables los cracks. Seguidamente escribí varios artículos de opinión en el *Financial Times* presentando a Letonia e Islandia como ensayos generales para el resto de Europa y Estados Unidos.

Los efectos destructores de la deuda fueron reconocidos más claramente en los siglos XVIII y XIX (para no hablar de cuatro mil años antes, en la Edad de Bronce). Esto ha llevado a los economistas afectos a los acreedores a excluir del plan de estudios la historia del pensamiento económico. La economía dominante se ha convertido en una fuerza ideológica censora que apoya a los acreedores y favorece las políticas de austeridad (es decir, una ideología antilaboral), a la vez que se opone a la intervención del gobierno (excepto para insistir en la necesidad de rescatar a los más grandes bancos y ahorradores con dinero de los contribuyentes). Pero esa ideología económica ha capturado la política del Congreso, las universidades y los medios de comunicación de masas para propagar una falsa imagen de la forma en que funcionan las economías. Así la mayoría de la gente ve la realidad como es descrita –y distorsionada– por el Uno por Ciento. Es una parodia de la realidad.

Exaltando la ideología del libre mercado, la economía dominante favorable a los acreedores rechaza lo que escribieron realmente los reformadores de la economía clásica. En la alternativa que es presentada, se trataría de escoger entre una planeación central decidida y ejecutada por una burocracia pública, o una planeación todavía más centralizada por parte de la burocracia financiera de Wall Street. El terreno medio de una economía pública/privada ha sido casi olvidado –denunciado como “socialismo”. Pero todas las economías exitosas a lo

largo de la historia han sido economías mixtas. Para ayudar a encontrar un remedio, en mis obras explico cómo la expansión de los ahorros y la deuda ha sido politizada para controlar a los gobiernos. El tamaño de la deuda tiende a crecer hasta que se produce un crack, una guerra o una cancelación política. El problema no es sólo la deuda, sino los ahorros en el lado del “activo” del balance (principalmente poseídos por el Uno por Ciento). Estos ahorros en su mayor parte son prestados para convertirse en deudas del 99 por ciento.

En cuanto a la dinámica financiera en el sector empresarial, el “activismo de los accionistas” y de los tiburones de las finanzas están “financierizando” la industria de maneras que reducen más bien que promueven la formación de capital tangible y el empleo. El crédito es crecientemente predatorio y está lejos de capacitar a los deudores – personales, corporativos y gubernamentales– a ganar el dinero con que pagar las deudas. Este modelo de deuda es el que los economistas clásicos consideraban como improductivo, generador de un ingreso no ganado (rentas económicas) y de provechos especulativos que desangran las utilidades conseguidas empleando trabajadores y produciendo bienes y servicios.

Yo, por consiguiente, empecé estudiando la manera en que la corriente de la Ilustración y los primeros economistas del libre mercado gastaron un buen tiempo tratando de evitar precisamente la clase de dominación rentística que está hoy ahogando las economías y degradando las democracias para crear oligarquías financieras. El mal que está en marcha es una estrategia orwelliana de falsificación retórica encaminada a presentar las finanzas y otros sectores rentísticos como parte de la

economía, no sectores parasitarios externos a ella. Las ideas propagadas por la economía dominante coinciden precisamente con la estrategia que los parásitos utilizan en la naturaleza para hacer creer a su huésped que ellos no son unos gorriones oportunistas sino partes integrantes del cuerpo del huésped, merecedores por tanto de cuidadosa protección.

Texto extractado del libro de Michael Hudson *Killing the Host –How financial parasites and debt bondage destroy the global economy* -2015. (Matar al Huésped –Cómo los parásitos financieros y la servidumbre de la deuda destruyen la economía global).